



unánimes

Estudios bíblicos

M: Parábolas de Jesús

07.- Parábolas del tesoro escondido y de la perla de gran valor



unanimes

Estudios Bíblicos

M.07.- Parábolas del tesoro escondido y de la perla de gran valor

1. Introducción

Los tres párrafos que ahora se relatan son los últimos de la serie de siete. El lugar que ocupan en todo el grupo, inmediatamente después de la explicación de la parábola de la cizaña en medio del trigo, explicación dada a los discípulos en el versículo 36, su contenido mismo y la conclusión que los sigue en los versículos 51, 52 (“¿Habéis entendido todo esto?”), muestra que todas estas parábolas eran dirigidas a los discípulos y no a la multitud. Entonces, su propósito debe de haber sido “revelar” y también “esconder”.

2. La parábola del tesoro escondido

Además el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

3. Interpretación

En esta parábola la atención se fija en un hombre que, mientras cavaba en un campo, inesperadamente encontró un tesoro. El cuadro corresponde a la vida. Debido a las guerras, a las incursiones enemigas, y la dificultad de encontrar un lugar seguro para almacenar las cosas valiosas en una casa que ofrece un acceso más bien fácil a ladrones competentes, un jefe de familia a veces recurría al método de sepultar sus posesiones más valiosas o una parte de ellas. En el caso descrito aquí el hombre que había enterrado su tesoro, posiblemente en un cofre, podría haber muerto sin informar a persona alguna de este hecho. Entonces ahora otro es dueño del campo.

Así que ahora el que estaba cavando lo encuentra repentinamente. No se dice en la parábola con qué derecho estaba cavando en el campo de otra persona. Supongamos que tenía ese derecho. Una posibilidad sería que él fuera un arrendatario. Su sentido de justicia (¿o diremos, temor que de otro modo no pudiera evitar el castigo?) le impide desenterrar todo el hallazgo y huir con él. Entonces lo deja escondido. Comprende que para tener derecho a la posesión legal del tesoro, en primer lugar debe ser propietario del campo. Así que compra el campo aunque con el fin de reunir el dinero necesario para pagar el precio tiene que vender todo lo que tiene. Esto no le importa en lo más mínimo, tan placentero le resulta obtener la posesión del tesoro.

La enseñanza de la parábola es que el reino de los cielos, el reconocimiento con gozo del

reinado de Dios sobre el corazón y la vida, inclusive la salvación para el presente y el futuro, para el alma y finalmente también para el cuerpo, el gran privilegio por ello de ser una bendición para los demás para la gloria de Dios, todo esto es un tesoro tan inestimablemente precioso que quien lo obtiene está dispuesto a entregar por él todo lo que pudiera interferir con la obtención de él. Es el tesoro supremo porque satisface plenamente las necesidades del corazón. Produce paz y satisfacción interior.

Un comentario excelente de esta parábola es la experiencia de Pablo registrada en su nota autobiográfica:

Filipenses 3:8-9

Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que se basa en la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe.

Pablo había dado con este tesoro repentinamente, en forma inesperada. Además, no estaba leyendo la Biblia cuando ocurrió. Todas las ideas ajenas—por ejemplo, que en esta parábola el campo es la Escritura—hay que desecharlas. Cuando Dios conduce al pecador al descubrimiento que lo hace gritar de alegría, Él emplea toda clase de medios y métodos. Piénsese en sus tratos con Natanael (Juan 1:46–51), con la mujer samaritana (Juan 4:1–44), con el ciego de nacimiento (Juan 9), etc. Por cierto, la posesión del tesoro implica también amor por la Palabra, pero en vez de cargar la parábola con embellecimientos alegóricos subjetivos de los detalles particulares, debiéramos captar su única e importante lección: el valor incalculable de la salvación para quienes la descubren y obtienen la posesión de ella ¡sin siquiera haberla buscado!

Aunque esta parábola nos suena extraña, les sonaría perfectamente natural a los que vivían en Palestina en tiempos de Jesús y aun en nuestro tiempo, a las gentes del Oriente les parecerá un tema muy actual.

En el mundo antiguo había bancos, pero la gente normal no los podía usar. Lo más frecuente era que usara el campo como el lugar más seguro para guardar sus más preciadas posesiones. En la Parábola de los Talentos, el siervo inútil escondió su talento en la tierra para no perderlo (*Mateo 25:25*). Los rabinos tenían un dicho proverbial de que no había más que un lugar seguro para guardar el dinero: la tierra.

Esto era todavía más real en una tierra en la que el jardín de cualquiera podía convertirse en un campo de batalla de la noche a la mañana. Palestina fue probablemente el país en que se dieron más batallas en el mundo antiguo; y, cuando la marea de la guerra amenazaba con anegarla, lo que casi todo el mundo hacía era esconder lo que tuviera de valor en la tierra antes de emprender la huida, con la esperanza de volver algún día y recuperarlo. Josefo menciona: « el oro y la plata y todos los muebles valiosos que tenían los judíos y que depositaron bajo tierra ante las fortunas inciertas de la guerra.»

Thomson nos cuenta en *La tierra y el libro*, que se publicó por primera vez en 1876, el caso del descubrimiento de un tesoro que él conoció personalmente en Sidón. Había en aquella ciudad una famosa avenida con acacias. Unos obreros, cavando en uno de los jardines de dicha avenida, descubrieron varios cacharros de cobre llenos de monedas de oro. Tenían la intención de quedárselas; pero eran tantos los que se creían con derecho a una parte, y estaban tan indeciblemente emocionados, que se descubrió su secreto y el gobierno local se hizo cargo. Todas las monedas eran del tiempo de Alejandro Magno y de su padre Felipe. Thomson sugiere que, cuando Alejandro murió inesperadamente en Babilonia, se recibió la noticia en Sidón y algún gobernador macedonio enterró aquellas monedas con la intención de apropiárselas en el caos que sin duda seguiría a la muerte de Alejandro. Thomson añade que hay personas que se dedican al negocio de buscar tesoros escondidos y que viven en una tensión tan constante que se da el caso de que se desmayan cuando encuentran una sola moneda. Cuando Jesús refirió esta parábola hablaba de algo que les sonaría muy familiar e interesante a los habitantes de Palestina y del Oriente en general.

Se podría pensar que Jesús pone como ejemplo en esta parábola a un hombre culpable de una práctica más que dudosa, porque escondió otra vez su hallazgo en vez de dar parte al dueño de la finca o a las autoridades y dio pasos para quedárselo él. A eso se pueden decir dos cosas. La primera que, aunque Palestina estaba en tiempos de Jesús bajo el dominio de Roma y sus leyes, en las cosas ordinarias, menudas y cotidianas era la ley tradicional judía la que se aplicaba y, en cuanto a los tesoros escondidos, la ley rabínica judía era muy clara: « ¿Qué hallazgos pertenecen al que los encuentre y de cuáles tiene éste que dar parte? Estos son los que pertenecen al que los encuentra. Si uno encuentra fruta caída, o dinero caído... eso le pertenece al que lo encuentre.» Así que, legalmente, este hombre tenía derecho a lo que se había encontrado.

Y segunda: hasta aparte de eso, cuando se trata de una parábola, no hay que fijarse tanto en los detalles; las parábolas tienen una lección especial y todo lo demás es secundario. En es-

ta parábola, el tema es el gozo del descubrimiento, que hace que el hombre esté dispuesto a renunciar a todo lo demás para que el tesoro le pertenezca sin lugar a dudas. Ningún otro detalle de la parábola tiene importancia.

También para los que obtienen la posesión del reino después de una búsqueda diligente éste es el summum bonum (el sumo bien), como deja en claro la siguiente parábola que es *La parábola de la perla de gran precio*.

4. La parábola de la perla de gran valor

Mateo 13:45

También el reino de los cielos es semejante a un comerciante que busca buenas perlas, y al hallar una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía y la compró.

5. Interpretación

Las perlas, obtenidas generalmente en el golfo Pérsico o en el Océano Indico, tenían un precio fabuloso, muy lejos del poder comprador de la persona promedio. Solamente los ricos podían adquirirlas. Se dice que Lolia Paulina, esposa del emperador Calígula, tenía perlas que resplandecían en todo su cabello, orejas, cuello y dedos.

En el pasaje que estamos considerando, un mercader, desconforme con las perlas que había podido obtener hasta el presente, busca lo mejor. Tiene éxito en su búsqueda. Cuando ve esta perla en particular su corazón y mente inmediatamente exclaman: “¡Esta es!” No hay vacilación alguna. No solamente esto, sino que la compra aunque, como en la parábola anterior (véase versículo 44), para hacerlo tuvo que vender todas sus posesiones.

La lección principal es nuevamente la disposición de entregarlo todo a cambio del codiciado premio del reconocimiento gozoso de la supremacía de Dios en el corazón y en la vida. El dinero no podrá comprar la salvación. Es un don gratuito de Dios:

Isaías 55:1

¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas! Aunque no tengáis dinero, ¡venid, comprad y comed! ¡Venid, comprad sin dinero y sin pagar, vino y leche.

La podemos “comprar” solamente en el sentido que obtenemos una posesión lícita de ella. Esto es por gracia por medio de la fe en el Señor Jesucristo, comprendiendo que aun esa fe es don de Dios:

Efesios 2:8

... porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.

En cuanto a ejemplos de quienes descubrieron “la perla de gran precio” después de una búsqueda diligente, es necesario hacer una reserva muy importante, a saber, que la vida humana es muy compleja. Por lo tanto, no es fácil, quizás ni siquiera es posible, dividir a todos los creyentes cuyas historias se relatan en las Escrituras en dos grupos bien marcados y decir: “El grupo A encontró la salvación sin ni siquiera buscarla; el grupo B la encontró después de una búsqueda diligente”. En algunos casos cada parábola se podría aplicar en cierta medida.

6. Conclusión

6.1. Las lecciones de la parábola del tesoro escondido son son:

- i. Que el hombre se encontró con algo de valor inmenso, no tanto por casualidad, sino *en medio de su trabajo cotidiano*. Es verdad que dio con ello inesperadamente, pero fue *cuando estaba ocupado en sus quehaceres habituales*. Y es legítimo deducir que estaba cumpliendo con su deber con diligencia y eficacia, porque tiene que haber estado cavando bien hondo y no meramente arañando la superficie, para haberse encontrado con aquel tesoro. Sería una pena que fuera solo en las iglesias, en los lugares que se consideran santos y en las ocasiones que se tienen por religiosas, donde pudiéramos encontrarnos con Dios y sentirnos cerca de Él.

Hay un dicho atribuido a Jesús que no se encuentra en los evangelios pero que suena a auténtico: «Levanta la piedra, y Me encontrarás; tala la madera, y estaré en ella.» Cuando el albañil está trabajando la piedra o el carpintero la madera, allí está Jesucristo con ellos. La verdadera felicidad y satisfacción, el sentir a Dios y la presencia de Cristo se han de encontrar en el trabajo cotidiano hecho con honradez y a conciencia. El hermano Lorenzo, gran santo y místico, pasó la mayor parte de su vida laboral en la cocina del monasterio entre cacharros, y pudo decir: «Sentía a Jesucristo tan cerca de mí en la cocina como en el santísimo sacramento.» Y Teresa de Jesús, si no citaba al hermano Lorenzo por lo menos coincidía totalmente con él cuando decía, animando a sus monjas a las labores cotidianas: «También entre los pucheros anda el Señor.»

- ii. Que merece la pena cualquier sacrificio para entrar en el Reino. ¿Qué quiere decir entrar en el Reino? Cuando estudiamos el Padre Nuestro (Mateo 6:10), encontramos que podíamos decir que el Reino de Dios es un estado social en la Tierra en el que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo. Por tanto, entrar en el Reino es aceptar y hacer la voluntad de Dios. Así que vale la

pena, cualquier pena, hacer la voluntad de Dios. De pronto, como el que descubre un tesoro escondido, puede que se nos presente, en algún momento de iluminación, la convicción de cuál es la voluntad de Dios para nosotros. Aceptarla puede suponer renunciar a algunos objetivos y ambiciones que apreciamos mucho, abandonar ciertos hábitos y maneras de vivir que son difíciles de renunciar, asumir una disciplina y una autonegación que no son fáciles ni mucho menos; en una palabra: tomar nuestra cruz y seguir a Jesús. Pero no hay otra manera de conseguir la paz en la mente y en el corazón en esta vida y la gloria en la vida por venir. Sin duda vale la pena renunciar a todo para aceptar y hacer la voluntad de Dios.

6.2. Las lecciones de la parábola de la perla de gran valor son:

En el mundo antiguo las perlas eran algo especialmente valioso. Muchas personas anhelaban poseer una perla preciosa, no tanto por su valor en dinero como por su belleza. Hallaban un gran placer simplemente tocándola y contemplándola. Encontraban un placer estético en poseer y mirar una perla. Las principales fuentes de perlas eran entonces las orillas del Mar Rojo y de las lejanas Islas Británicas; pero un comerciante buscaría en los mercados del mundo para encontrar una perla que tuviera una belleza extraordinaria.

Hay algunas verdades de lo más sugestivas ocultas en esta parábola.

- i. Es sugestivo descubrir que el Reino del Cielo se compara con una perla. En el mundo antiguo, como hemos visto, una perla era la posesión más maravillosa; eso quiere decir que el Reino del Cielo es lo más maravilloso del mundo. Recordemos lo que es el Reino: estar en el Reino es aceptar y hacer la voluntad de Dios. Es decir: hacer la voluntad de Dios no es algo hosco, gris y agónico, sino la cosa más maravillosa. Más allá de la disciplina, el sacrificio, la autonegación, la cruz... se encuentra la suprema hermosura que excede a todas las hermosuras y que no se encuentra en ningún otro lugar. No hay más que una manera de traer paz al corazón, gozo a la mente, belleza a la vida, y es aceptar y hacer la voluntad de Dios.
- ii. Es sugestivo descubrir que hay otras perlas, pero sólo una de valor incalculable. Es decir: hay muchas cosas preciosas en este mundo y muchas en las que se puede encontrar belleza. Se puede encontrar en el conocimiento y en los horizontes de la mente humana, en el arte y en la música y en la literatura y en todos los logros del espíritu humano; se puede encontrar en el servicio de nuestros semejan-

tes, aun cuando ese servicio surja de motivos puramente humanitarios y no puramente cristianos; se puede encontrar en las relaciones humanas. Todas estas cosas son preciosas, pero tienen un valor inferior. La suprema belleza se halla en la aceptación de la voluntad de Dios. Esto no es minimizar las otras cosas; son también perlas; pero la perla suprema es la obediencia voluntaria que nos hace amigos de Dios.

- iii. Encontramos en esta parábola la misma enseñanza que en la anterior, pero con una diferencia. El hombre que estaba labrando el campo no estaba buscando ningún tesoro; se lo encontró casualmente. Pero este hombre estaba buscando buenas perlas: ese era su negocio.

Pero no es tan importante el que el descubrimiento sea cosa de un momento de suerte o el resultado de la búsqueda de toda una vida; la reacción es la misma: hay que sacrificarlo todo para obtener en posesión lo que tiene un valor incalculable. Una vez más nos encontramos con la misma verdad, que ya sea que uno descubre la voluntad de Dios para su vida en el destello instantáneo de un relámpago iluminador o después de una búsqueda prolongada y concienzuda. Siempre vale la pena aceptarla sin dudar... a cualquier coste.

Basado parcialmente en los comentarios de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995